
¿Por qué la filosofía en la formación sacerdotal?

Why Philosophy in the Priestly Formation?

RECIBIDO: 28 DE ENERO DE 2016 / ACEPTADO: 16 DE MARZO DE 2016

Francisco CONESA

Centro de estudios teológicos
Alicante, España
fsconesa@gmail.com

Resumen: Teniendo en cuenta las sugerencias de la Encíclica «Fides et Ratio» (1998) y del «Decreto de reforma de los estudios eclesiásticos de filosofía» (2011) se esbozan algunas razones de la importancia de la filosofía en la formación sacerdotal. La filosofía ayuda en la búsqueda de la verdad, para educar el sentido crítico y para estructurar la mente. Se subraya que la razón humana es condición y momento constitutivo de la fe y se expone por qué la filosofía es indispensable para la formación teológica. Finalmente se incide en la importancia de la filosofía en la vida del sacerdote como pastor.

Palabras clave: Filosofía, Razón, Teología.

Abstract: Taking into account the suggestions offered in the Encyclical «Fides et Ratio» (1998) and in the «Decree on the reform of ecclesiastical studies of philosophy» (2011), this paper presents some arguments in order to show the importance of philosophy in the priestly formation. Philosophy helps in the search for the truth, forms the critical sense, and structures the mind. Furthermore, the paper underlines the fact that human reason is the faith's condition and constitutive moment and explains why philosophy is indispensable for the theological formation. Finally, the paper highlights the importance of philosophy in the life of the priest as a shepherd.

Keywords: Philosophy, Reason, Theology.

No resulta extraño que, cuando los alumnos comienzan a cursar los estudios eclesiales, se pregunten por qué tienen que estudiar filosofía cuando lo que ellos quieren es ser sacerdotes. Algunos chicos que se han ilusionado con el sacerdocio piensan que su formación tiene que ver con el misterio de Dios y de Cristo, pero no con la «Metafísica» de Aristóteles y mucho menos con la «Crítica de la razón pura» de Kant. A ello se añade el hecho de que estos jóvenes participan del ambiente cultural de nuestra época, en el que se privilegian los resultados sobre la reflexión y en el que la ciencia positiva se ha constituido en el paradigma de todo conocimiento, relegando los saberes reflexivos a un segundo o incluso tercer plano. En esta nota intentaré responder a la pregunta: ¿por qué la filosofía para la formación sacerdotal?, ¿por qué la filosofía en teología? Es un tema que ha sido tratado con amplitud en la historia del pensamiento y del que se ha ocupado también el Magisterio de la Iglesia. Intentaré realizar una exposición ordenada en seis razones, tomando como guía algunas aportaciones de la Encíclica «Fides et Ratio» (1998) de san Juan Pablo II juntamente con el «Decreto de reforma de los estudios eclesiales de filosofía» emitido, más recientemente, por la Congregación para la Educación católica (2011).

1. PARA ALCANZAR LA VERDAD

La primera razón es muy simple. Hay que estudiar filosofía porque la filosofía es camino hacia la verdad. Los seres humanos somos buscadores de la verdad; llevamos en nuestro interior el anhelo por atisbar la esencia última de las cosas que nos rodean y, muy especialmente, de nosotros mismos. La verdad es aquello que los seres humanos –tanto los científicos y los filósofos como los ciudadanos de a pie– primordialmente anhelamos y buscamos. La filosofía es el camino que nos permite acercarnos a la realidad de una manera metódica, sistemática con el fin de penetrar en ella y alcanzar su verdad.

a) *La búsqueda humana de la verdad y sus desafíos*

Para vivir nuestra vida no podemos conformarnos con lo inmediato, con lo dado. Necesitamos proyectar, conocer, aprender. Ciertamente las ciencias experimentales y la técnica, nos ayudan a mejorar el modo en que vivimos. Pero son incapaces de darnos las claves para descifrar el sentido de la existencia.

El hombre es un animal que se interroga, que irremediablemente, perenne e indefectiblemente pregunta por las cosas, por sí mismo, por su quehacer dentro del mundo de las cosas y de la historia de los hombres y, sobre todo, por su misma identidad. El hombre se muestra así como un gran cuestionador y un gran buscador, de modo que renunciar a preguntar y buscar sería desertar de lo que le hace propiamente humano.

Desde sus mismos inicios, la filosofía ha intentado responder a esas preguntas e inquietudes. Su historia revela los caminos que han transitado los hombres y mujeres en busca de la verdad sobre el ser humano, el mundo y Dios. La búsqueda de la verdad ha generado una gran diversidad y riqueza de reflexiones, que constituyen un patrimonio común de la humanidad.

Esta búsqueda de la verdad se ve amenazada en nuestros días de dos maneras principalmente: el relativismo de la verdad y la imposición monolítica del conocimiento científico como único acceso válido a la realidad.

Como reacción a la absolutización unilateral de la razón, obra de la modernidad, se ha ido difundiendo en la segunda mitad del siglo XX un modo de pensar que se caracteriza por una pérdida de confianza en la razón, a la que se pretende sustituir con lo que se ha denominado una «razón débil». En consecuencia, se repudian las grandes teorías y doctrinas, las cosmovisiones forjadas por la razón (los grandes relatos), acusándolas de generar totalitarismos. Según el pensamiento postmoderno «el tiempo de las certezas ha pasado irremediablemente; el hombre debería ya aprender a vivir en una perspectiva de carencia total de sentido, caracterizada por la provisional y fugaz»¹. Esta razón débil se muestra incapaz de alcanzar verdades absolutas. Se conforma con las verdades parciales y provisionales. Sólo caben consensos parciales. Para esta cultura postmoderna el sujeto humano es finito, empírico y está siempre condicionado, de manera que no cabe alcanzar la Verdad con mayúsculas.

La segunda amenaza procede de la mentalidad científicista. Los éxitos innegables de la investigación científica y de la tecnología contemporánea han contribuido a difundir este modo de pensar, que reduce toda experiencia humana a la propia de las ciencias positivas. Cuando se impone la racionalidad científica como único modelo, entonces todo se puede someter a experimentación, dominio y previsión. Pero entonces desaparece también el ámbito del sentido y del valor. No cabe la pregunta por lo último ni tampoco la ética. No hay nada verdadero en sí mismo, sino sólo más o menos conveniente o ventajoso.

¹ JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio* (14-IX-1998), n. 91.

Como consecuencia, el hombre contemporáneo parece renunciar a lo que la Encíclica «Lumen Fidei» llama «verdad grande» (*magna veritas*), que es aquella que alcanza todo el caminar del ser humano. Parece que nos conformamos con las pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero son incapaces de mostrar el camino. Frente a estas amenazas la filosofía –la auténtica filosofía– es una apuesta decidida por alcanzar la verdad, por responder a las grandes cuestiones que anidan en el corazón humano. Pero esta verdad acontece en el diálogo.

b) *Verdad, diálogo y pluralismo*

Es importante advertir que esa verdad a la que todos aspiramos sólo puede ser alcanzada en el diálogo². La verdad no es un todo monolítico que podamos alcanzar de una vez por todas, sino que vamos accediendo a ella progresivamente, junto con otros seres humanos. Por eso, todas las personas podemos incorporarnos a esa búsqueda. Para ello resulta esencial conocer la historia del pensamiento humano y los logros alcanzados en su búsqueda de la verdad, porque la verdad crece históricamente.

Es cierto que la verdad no consiste sólo en diálogo; la filosofía no puede disolverse en literatura, en la conversación general de la humanidad –que se manifiesta tanto en el relativismo escéptico del hombre común como en amplias áreas de la filosofía académica contemporánea– pero tampoco es un saber monolítico como pretende el fundacionalismo cientista heredero del Círculo de Viena.

La verdad se busca en comunidad, en el seno de nuestras prácticas comunicativas. Frente al racionalismo moderno, que piensa de modo individualista a los seres humanos, es procedente abogar por la búsqueda comunitaria de la verdad. Como la realidad es multilateral, como tiene una ilimitada multiplicidad de aspectos, la verdad no puede ser agotada por ningún conocimiento humano, sino que queda siempre abierta a nuevas formulaciones³.

Con una gran tradición de pensadores resulta iluminador distinguir entre la Verdad con mayúscula y las verdades que los hombres forjamos⁴. Como

² Sobre este punto cfr. CONESA, F. y NUBIOLA, J., *Filosofía del lenguaje*, Barcelona: Herder, 1999, 156-161.

³ Cfr. PIEPER, J., *The Silence of Saint Thomas*, Chicago: Henry Regnery, 1965, 103.

⁴ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *La verdad*, edición de Jesús García López, Pamplona: Cuadernos de Anuario Filosófico, 1996, 17-18.

explica Llano: «Todas las cosas son verdaderas por la única Verdad divina. Sin embargo, se puede decir que hay muchas verdades, en cuanto que hay muchos entes que son verdaderos y también muchas inteligencias que conocen esos entes. Nuestra tarea es avanzar en el conocimiento de esas muchas verdades, para irnos acercando a la Verdad del Uno por esencia, en quien la búsqueda se aquieta»⁵.

Las verdades que los seres humanos han conquistado laboriosamente mediante su trabajo son consecuencia de la actividad de búsqueda, de la ciencia e investigación. La verdad con minúscula –las verdades alcanzadas por los seres humanos– no ha sido descubierta de una vez por todas, sino que es un cuerpo vivo que crece y que está abierto a las aportaciones de todos. Cada uno puede contribuir personalmente al crecimiento de la humanidad mediante su esfuerzo por la profundización en la verdad. La búsqueda de la verdad no es una tarea privada o que pueda ser llevada a cabo por una persona aislada, sino que requiere la actividad cooperativa de unos y otros. Esta actitud supone una concepción de la investigación que, lejos de un eclecticismo acrítico, busca encontrar las razones de la verdad en la confrontación de las opiniones opuestas, sabedora con la mejor tradición que todos los pareceres formulados seriamente, en cierto sentido, dicen algo verdadero. En cada genuino esfuerzo intelectual hay algún aspecto luminoso del que podemos aprender. La verdad humana está constituida por el saber acumulado construido entre todos a través de una historia multisecular de intentos, errores, rectificaciones y aciertos: *Omnes enim opiniones secundum quid aliquid verum dicunt*⁶. Es imposible que el conocer humano y las opiniones de los hombres estén totalmente privadas de toda verdad.

Esto no implica renunciar a la verdad ni subordinarla a un perspectivismo culturalista. El pluralismo auténtico estriba no sólo en afirmar que hay diversas maneras de pensar acerca de las cosas, sino además en sostener que entre ellas hay maneras mejores y peores, y que mediante el contraste con la experiencia y el diálogo racional los seres humanos somos capaces de reconocer la superioridad de un parecer sobre otro. El pluralismo no relativista sostiene que la búsqueda de la verdad es enriquecedora, porque la verdad es perfeccionamiento. Por el contrario, la posición relativista afirma que sólo hay

⁵ LLANO, A., *Gnoseología*, 3 ed. Pamplona: Eunsa, 1991, 35.

⁶ TOMÁS DE AQUINO, *I Dist.* 23, q. 1, a. 3. Cfr. también *Impossibile est aliquam cognitionem esse totaliter falsam, sine aliqua veritate Summa de Teología*, II-IIae, q. 172, a. 6.

diálogo, que sólo hay diversidad de perspectivas radicalmente inconmensurables, lo cual no sólo se autorrefuta en la propia formulación, sino que además sacrifica la noción de humanidad al negar la capacidad de perfeccionamiento real y de progreso humano. La finalidad del diálogo es la verdad. «La verdad es una –afirmaba Juan Pablo II–, pero se presenta a nosotros de forma fragmentaria a través de los múltiples canales que nos conducen a su cercanía diferenciada. (...) en cuanto ciencias, la filosofía y la teología son también ellas intentos limitados para percibir la unidad compleja de la verdad. Es sumamente importante intentar, por una parte, la búsqueda de una síntesis vital, cuya nostalgia nos aguijonea, y por otra, evitar cualquier sincretismo irrespetuoso de órdenes de conocimientos y grados de certeza distintos»⁷.

El objetivo del estudio de la filosofía no es, pues, saber más cosas, ni acumular conocimientos, sino alcanzar la verdad. No se puede perder nunca de vista que el objetivo es la «verdad grande», a la que accedemos mediante un diálogo en el que podemos tomar parte.

2. PARA LOGRAR UNA VISIÓN CRÍTICA DE LA REALIDAD

El estudio de la filosofía proporciona, además, los criterios necesarios para enfrentarse críticamente con la realidad y con el pensamiento contemporáneo. Este aspecto resulta particularmente importante porque la cultura actual tiende a generar personas pasivas, que asumen acríticamente sus postulados.

La filosofía enseña a pensar. Pensar supone tener la capacidad de distanciarnos de lo inmediato, para mirar desde otra perspectiva. Y pensar significa, también, cultivar el sentido crítico ante las ideas. Estamos ante una tarea importantísima porque la actual cultura del bienestar ha engendrado jóvenes que, con frecuencia, son incapaces de mirar con sentido crítico lo que el mercado les está ofreciendo. Ahogados en la cultura de lo fácil, no se preguntan con radicalidad por las cosas ni se interesan por alcanzar su sentido.

Pero sin este sentido crítico, la fe no puede ser vivida. Una cultura del bienestar acaba siendo una cultura de la intrascendencia, en la que Dios está oculto o es silenciado. Se acaba secando la fuente de toda experiencia religiosa. Se vive en una «cultura de la intrascendencia» (Martín Velasco), del «eclipse de Dios» (Buber).

⁷ JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el Coloquio sobre «Ciencia, filosofía y teología»* (5-IX-1986), n. 1.

Habría que volver a recordar aquel lema –*Sapere aude!*– que recogió Kant en su ensayo sobre qué es Ilustración. En nuestros días se ha convertido en necesario volver a repetir: «atrévete a pensar». Frente a la pasividad dominante en muchos jóvenes es necesario volver a invitarles a pensar para que no acepten acríticamente lo que la televisión o las webs presentan, para que no sean receptores pasivos de lo que otros quieran transmitirte.

Es preciso cultivar el sentido crítico para que descubran las motivaciones de lo que se dice, sus consecuencias y el trasfondo de las ideas que otros nos quieren transmitir. La aceptación social del aborto, de la eutanasia y, más recientemente, de la homosexualidad, delatan una masa acrítica que se limita a asumir los postulados de lo políticamente correcto, sin que medie una reflexión seria sobre ello.

3. PARA ESTRUCTURAR LA MENTE

Resulta significativa la insistencia del «Decreto de reforma de los estudios eclesiológicos de filosofía» en que la formación filosófica no atañe sólo a transmitir unos contenidos, sino también unos «hábitos» intelectuales. Estos hábitos intelectuales, científicos y sapienciales se adquieren aplicando la razón a los contenidos que desde la existencia humana se han formulado como preguntas. «Los hábitos mentales sobre esos contenidos permiten pensar, conocer y razonar con precisión, y también dialogar con todos de modo incisivo y sin temores»⁸.

Con el término «habitus» indicamos una cierta cualificación –que no debe entenderse estáticamente– de las facultades, que las dispone respecto a un cierto orden de objetos o una cierta finalidad, dándoles el gusto o el sentido de uno y de otra, haciéndoles más fácil, y por tanto más natural y más deleitable, el obrar. La filosofía es un hábito adquirido por el esfuerzo del hombre, a diferencia de la fe, que es un hábito infuso. Apela, por ello, a la libertad humana que, motivada por el deseo de saber, se esfuerza en adquirir los hábitos que hagan factible ese deseo. De manera que la voluntad tiene un papel importante en la decisión de pensar. La filosofía requiere la «philía», porque es indagación amorosa.

⁸ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Decreto de reforma de los estudios eclesiológicos de filosofía* (28-I-2011), n. 11. Cfr. n. 15, en que señala distinción del «habitus» filosófico y del teológico. Comentario a este documento: GARCÍA MARTÍNEZ, F., «La reforma de los estudios eclesiológicos de filosofía. Contexto, perspectivas y orientaciones», *Salmanticensis* 59 (2012) 427-439.

El objetivo es que los estudiantes adquieran una «forma mentis» filosófica, es decir, que su mente sea capaz de estructurar la realidad, colocando los distintos fenómenos, datos y hechos dentro de un contexto conceptual. Progresivamente las personas vamos madurando una «forma mentis», una mentalidad, un modo de conceptuar y entender el mundo y las cosas.

Zubiri describió la «mentalidad» como el modo intrínseco de habérselas racionalmente con las cosas. Y llamó la atención sobre el hecho de que no se trata sólo de que la inteligencia posea la verdad, sino que además, «se halla configurada, adquiere en cierto modo la figura misma de la verdad»⁹. Explica el filósofo en «El hombre y la verdad» que es la verdad la que configura la mente. La verdad tiene la capacidad de configurar la mente de la persona, confirniéndole una «forma mentis», una mentalidad, unas estructuras conceptuales.

La tarea de educar en el hábito de pensar es muy amplia; el campo es grande. Un punto fundamental es enseñar a formular preguntas, es decir, suscitar aquella admiración y extrañeza ante lo real que desde el comienzo fue el acicate de la reflexión filosófica. Muchas veces nos precipitamos dando respuestas a cuestiones por las que los estudiantes no se han interesado, que no les han cautivado.

Otro aspecto muy importante es enseñar a mirar. Nuestros seminaristas y estudiantes de teología no están, por lo general, acostumbrados a mirar. Con facilidad se dejan llevar por las primeras impresiones o por los sentimientos. Hay que aprender a mirar con serenidad. Para pensar es preciso escapar del consumo de sensaciones, de la avalancha publicitaria, de los medios de diversión facilitados por la industria del ocio y el turismo. Por esto es importante facilitar momentos de silencio, en un mundo caracterizado por la extroversión y la prisa. Y también se requiere disponer de un tiempo de estudio sereno, sin prisas ni agobios, de las grandes cuestiones filosóficas.

No olvidemos que la virtud filosófica primera es la paciencia, que ayuda a recorrer una y otra vez un mismo terreno filosófico desde muy diversos ángulos hasta ganar lentamente una visión más clara, hasta poder enseñar a la mosca la salida de la botella. «En filosofía –dejó escrito Wittgenstein– el ganador de la carrera es aquel que sabe correr más lentamente; o aquel que llega allí el último»¹⁰.

⁹ ZUBIRI, X., *El hombre y la verdad*, Madrid: Alianza, 1999, 150-154; cfr. ZUBIRI, X., *Sobre la esencia*, Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1963, 345-356.

¹⁰ WITTGENSTEIN, L., *Culture and Value*, Oxford: Blackwell, 1977, 34.

Finalmente, educar a la razón en el hábito de pensar supone formar en el rigor conceptual y la argumentación. Se trata de despertar la capacidad de pensar con radicalidad y con responsabilidad, con rigor y con precisión. Y también de revisar y corregir los errores, limitaciones y defectos. Entendemos «rigor» como el hábito intelectual que lleva a hacer justicia al asunto que en cada caso se trate, abordándolo con la exactitud y detalle que merezca¹¹.

Todo ello es necesario para la madurez de la vida humana. Los psicólogos suelen decir que una persona madura o en proceso de maduración debe tener una «filosofía unificadora de la vida»¹² y un «adecuado marco de referencia»¹³ en el que se dé respuestas a las preguntas sobre sí mismo y sobre la vida. Es importante en este acompañar en este camino a los alumnos para que logren su propia síntesis filosófica y no se pierdan en la maraña de interpretaciones alternativas y de diversidad de autores que la historia recoge. Esta síntesis filosófica es articuladora de la mentalidad y otorga unidad a la persona.

4. PORQUE LA RAZÓN HUMANA ES CONDICIÓN Y MOMENTO CONSTITUTIVO DE LA FE

El candidato al sacerdocio debe también estudiar filosofía para poder sostener su fe. En general los alumnos piensan que su fe crecerá y se sostendrá acrecentando la experiencia de fe, conociendo mejor las doctrinas y viviendo lo que la fe enseña. No hace falta decir que todo ello es indispensable para que la fe se sostenga y crezca. Pero tan importante como ello es una buena base filosófica. «Fides et Ratio» recordaba que sólo una razón fuerte puede garantizar una fe audaz: «Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a mito o superstición. Del mismo modo, una razón que no tenga ante sí una fe adulta no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y radicalidad del ser»¹⁴. La fe privada de la razón, se instala en el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal.

¹¹ Cfr. NUBIOLA, J., *El taller de la filosofía*, 5 ed. Pamplona: Eunsa, 2010, 37.

¹² ALLPORT, G. W., *La personalidad. Su configuración*, Barcelona: Herder, 1974, 351.

¹³ RONCO, A., *Introduzione alla Psicologia*, Zürich: PAS-VERLAG, 1972, 107-108.

¹⁴ JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, n. 48.

La fe requiere a la razón humana al menos en tres aspectos¹⁵: 1) Porque la razón es condición necesaria, aunque no suficiente, para la fe; 2) Porque la razón es momento constitutivo intrínseco de la fe; 3) Porque la razón ayuda a que la fe resulte comunicable. Desarrollaré brevemente estas afirmaciones.

En primer lugar, la razón es condición necesaria para la fe, porque la fe es un acto humano; un acto que presupone por tanto aquella libertad que es propia del ser racional. El hombre, incluso como creyente, no puede prescindir de su razón que comprende y que examina críticamente, si es que la fe es y ha de seguir siendo un acto humano que se integre en la totalidad de la vida intelectual y real del hombre, de la cual también brota la fe.

El riesgo del fideísmo amenaza con socavar los fundamentos de la fe, convirtiéndola en una decisión no motivada, que queda en los márgenes de la vida intelectual y, en consecuencia, de la vida humana. Amenaza el voluntarismo, la afirmación unilateral de la propia decisión, que disuelve la fe al convertirla en algo marginal para la vida.

Además la razón es momento de la fe, porque la fe busca comprender, «fides quaerens intellectum» (san Anselmo). La fe reclama a la razón para que le ayude a comprender el misterio que acepta, proclama y vive. Si la revelación de Dios, en razón de su contenido y forma de presentarse, debe ser recibida por el hombre de una manera que se ajuste a su ser, el hombre deberá apropiársela después de haberla comprendido. La facultad para comprender es la razón humana. Por eso, la razón es un momento constitutivo de la fe en la revelación: para llegar a ser un suceso en nuestro mundo, la revelación de Dios depende de la fe como acto de aceptación que asiente después de haber comprendido.

En tercer lugar, la razón ayuda a la evangelización, facilitando que la fe sea comunicable. La razón es lo que tenemos en común los seres humanos; por ello la razón universaliza y ayuda a que sea accesible de modo general la experiencia de fe. Cuando Tomás de Aquino escribió la «Suma contra gentiles» tuvo el cuidado de trazar una línea entre las verdades que son accesibles a la razón y las verdades que no se pueden conocer sin la revelación. Y encontró en la razón humana el puente que permite el diálogo con otros creyentes y, en general, con los demás hombres.

Por tanto, estudiar filosofía ayuda a creer, a vivir la fe con profundidad. La fe no puede sobrevivir sin la razón. Ha escrito el papa Francisco: «La fe,

¹⁵ Además de «Fides et Ratio», en esta reflexión tengo en cuenta SCHMITZ, J., *La revelación*, Barcelona: Herder, 1990, 226-230.

sin verdad, no salva, no da seguridad a nuestros pasos. Se queda en una bella fábula, proyección de nuestros deseos de felicidad, algo que nos satisface únicamente en la medida en que queramos hacernos una ilusión. O bien se reduce a un sentimiento hermoso, que consuela y entusiasma, pero dependiendo de los cambios en nuestro estado de ánimo o de la situación de los tiempos, e incapaz de dar continuidad al camino de la vida»¹⁶.

5. PORQUE LA FILOSOFÍA ES INDISPENSABLE PARA LA FORMACIÓN TEOLÓGICA

Del mismo modo que la razón es necesaria para la fe, también la filosofía es necesaria para el saber en la fe, la teología. Sin embargo, conviene matizar esta afirmación porque no hay identidad entre la fe y la teología, como tampoco la hay entre la razón y la filosofía. La fe y la razón no pueden estar nunca en contradicción, pero la filosofía y la teología sí. El conocimiento teológico es fruto de un razonamiento, un proceso intelectual, el cual puede estar equivocado. Por su parte, la filosofía es resultado de un ejercicio concreto de la razón, que actúa siempre a través de mediaciones históricas y culturales, las cuales pueden ser deficientes.

El documento de reforma de los estudios dice literalmente que «la filosofía es indispensable para la formación teológica»¹⁷ y remite a «Fides et Ratio» 77, donde se señala que «la teología ha tenido siempre y continúa teniendo necesidad de la aportación filosófica. Siendo obra de la razón crítica a la luz de la fe, el trabajo teológico presupone y exige en toda su investigación una razón educada y formada conceptual y argumentativamente. Además, la teología necesita de la filosofía como interlocutora para verificar la inteligibilidad y la verdad universal de sus aserciones».

En su servicio a la racionalidad de la fe necesita el apoyo de la filosofía. Decía el refrán escolástico: «Nemo theologus, nisi philosophus». En la naturaleza misma de la teología está su referencia a la filosofía¹⁸.

¹⁶ PAPA FRANCISCO, Enc. *Lumen Fidei* (29-VI-2013), n. 24.

¹⁷ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Decreto de reforma de los estudios eclesiásticos de filosofía* (28-I-2011), n. 9.

¹⁸ Cfr. CABRIA, J. L., «Correlación filosofía y teología: una mirada de conjunto y perspectivas», *Burgense* 47 (2006) 131-236; FERRETTI, G., *Filosofía e teología cristiana. Saggi di epistemologia ermeneutica*, Napoli: Scientifiche Italiane, 2002; FISICHELLA, R., «Oportet philosophari in theologia», *Gregorianum* 76 (1995) 221-262; 503-534; 701-728; LEONARD, A., *Foi et Philosophies*, 2 ed. Namur: Cultura et Vérité, 1991; LIVI, A. y LORIZIO, G. (eds.), *Il desiderio di conoscere la verità. Teologia e filosofia a cinque anni da «Fides et ratio»*, Roma: Lateran University Press, 2005; GILSON, E.,

1. Esto es así, en primer lugar, porque ambas ciencias coinciden en la preocupación por las preguntas globales del hombre. Con medios diversos, filosofía y teología buscan contestar a la pregunta de quién es Dios y quién el hombre, qué es la realidad y el mundo, cuál es su meta definitiva. Por ello ambas, cada una desde su ámbito propio, se iluminan mutuamente en la búsqueda común de la verdad.

La pretensión de ser conocimientos globales de la realidad lleva consigo que sean saberes constitutivamente inacabados que solicitan la iluminación mutua. La historia de la relación entre filosofía y teología da testimonio de que los momentos de enfrentamiento han supuesto una pérdida tanto para una como para la otra. La filosofía se ha empobrecido cayendo en la tentación de reduccionismos de diversa índole. La teología, por su parte, ha cedido fácilmente al fideísmo o a la construcción de un discurso sin conexión con la realidad.

La filosofía y la teología comparten el interés por la existencia humana y por conocer la razón última del mundo. Con ópticas diferentes, ambas contemplan la misma realidad. La filosofía sigue un camino ascendente: a partir del mundo y del hombre se pregunta por el sentido. La teología recorre un camino descendente: parte de la Palabra de Dios, a la que busca comprender y, así, iluminar al mundo y al hombre. En ese camino se encuentra con la filosofía, como la filosofía, en su búsqueda del sentido último, se tropieza inevitablemente con la teología.

2. En segundo lugar, la reflexión teológica supone la capacidad humana de una reflexión filosófica. La teología no podría buscar una comprensión de la fe si la persona humana no fuera ya capaz de preguntarse por sí mismo y por las cosas, es decir, de hacer filosofía. La teología necesita contar con una razón formada conceptual y argumentativamente. Sólo porque el hombre es un «espíritu en el mundo» (Rahner), dotado de razón y libertad y capaz de Dios, puede acontecer la revelación y la fe. La teología supone la capacidad humana de una reflexión filosófica.

3. Dado que la teología es una constante reflexión sobre la revelación y dado que el pensamiento es un acto esencialmente filosófico, la teología no puede existir sin la filosofía. Juan Alfaro lo expresó magistralmente cuando es-

El filósofo y la teología, Madrid: Guadarrama, 1962; IZQUIERDO, C., «¿Son la filosofía y la teología específicamente diferentes?», en MORALES, J. (ed.), *Cristo y el Dios de los cristianos. Hacia una comprensión actual de la teología*, Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1998, 311-319.

cribió: «La reflexión filosófica constituye un momento interno permanente (infra-estructura) del pensar teológico. La teología no podrá cumplir las exigencias de una comprensión de la fe hasta el fondo, sino preguntando críticamente, pensando metódicamente y buscando la elaboración sistemática del contenido de la revelación, es decir, haciendo filosofía. Una teología, que pretendiera prescindir de las exigencias de una auténtica reflexión filosófica, sería víctima de una filosofía acrítica y bastarda: de una pseudofilosofía no puede resultar sino una pseudoteología. La reflexión teológica implica pues en sí misma la reflexión filosófica»¹⁹.

En este texto se pone de relieve, además, que la teología entendida como reflexión sobre la revelación se realiza siempre desde una precomprensión filosófica. Los conceptos que usa la teología no son neutros, sino que están vinculados a un contexto histórico y tienen unas connotaciones que es preciso conocer. En toda teología existe una filosofía implícita, es decir, una comprensión racional del hombre, del mundo y de Dios. Sobre ese conocimiento racional se construye la argumentación teológica.

4. La reflexión filosófica es un momento interno permanente del pensar teológico, tanto en el *auditus fidei* como en el *intellectus fidei*²⁰. Al momento positivo, de escucha de la fe, la filosofía aporta sus conocimientos sobre la estructura del conocimiento, la comunicación y el lenguaje. También ayuda a comprender mejor los conceptos y formas de pensamiento en que se ha expresado a lo largo de la historia el Magisterio y la Tradición.

La teología en su momento reflexivo (*intellectus fidei*) requiere a la filosofía con el fin de mostrar que la fe no se opone a la razón y de hacer comprensible la misma fe. Una primera función es apologética, ayudando a hacer frente a la crítica a la fe. Una segunda función de la filosofía es aportar el entramado conceptual para hacer inteligible el contenido de la fe y, negativamente, alzándose frente a algunas formulaciones teológicas que quedarían del lado de lo irracional. Ayuda también a organizar los diversos datos revelados, mostrando sus conexiones y unidad para poder exponerlos de manera argumentativa. Por eso, «Oportet philosophare in theologia», como insiste Fisichella²¹, repitiendo un antiguo adagio escolástico: es conveniente y oportuno para la teología hacer filosofía.

¹⁹ ALFARO, J., «Teología, filosofía y ciencias humanas», en *Revelación cristiana, fe y teología*, Salamanca: Sígueme, 1985, 130.

²⁰ Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, nn. 65s.

²¹ FISICHELLA, R., «Oportet philosophare in theologia», o.c.

Evidentemente, esto no quiere decir que cualquier filosofía pueda realizar esta labor. Existen filosofías que son incompatibles con la fe, por lo que es menester realizar un discernimiento crítico de las distintas propuestas filosóficas a la luz de la fe. Las filosofías materialistas, agnósticas o relativistas son incapaces de proporcionar ayuda a la reflexión de la fe, aunque pueden ofrecer algunas reflexiones parciales que tengan interés teológico.

Por otra parte, también es conveniente señalar que la teología no se puede cerrar a las aportaciones que puedan provenir de las distintas filosofías. La Iglesia no propone una filosofía propia ni canoniza ninguna filosofía particular en detrimento de las otras²². La teología está abierta a filosofías diversas. Es acertado, según mi parecer, el criterio de H. Dumery: «Ninguna filosofía puede ser impuesta a la fe. Ésta trasciende los diversos sistemas filosóficos. Pero no todas las filosofías son compatibles con ella»²³.

En definitiva, la filosofía es importante también para penetrar en el misterio de Cristo, para escuchar adecuadamente su palabra y conocer en profundidad su persona.

6. LA IMPORTANCIA DE LA FILOSOFÍA EN LA VIDA DEL PASTOR

El conocimiento y estudio de la filosofía es, finalmente, muy importante para la vida del sacerdote. No se puede ser buen pastor si no se es también maestro. En la Iglesia de San Lorenzo de Milán hay un mosaico paleocristiano que representa a Cristo vestido con la toga de filósofo, rodeado de los discípulos, vestidos también de blanco. Cristo está enseñando la nueva ley y tiene a sus pies los rollos de la Sagrada Escritura. No es extraño encontrar esta representación de Cristo como filósofo en el arte paleocristiano, como tampoco es infrecuente representarlo como pastor. Cristo pastor es también Cristo maestro²⁴. El sacerdote debe aprender a cargar sobre los hombres la oveja perdida, pero también a enseñar con autoridad la Palabra de Dios, como Cristo maestro, como Cristo filósofo. En esta misión resulta una ayuda indispensable el estudio y conocimiento de la filosofía.

El sacerdote tiene la misión de ser animador y educador de la fe de los demás. Esto exige estudio y formación, al mismo tiempo que un amplio co-

²² Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, n. 49.

²³ DUMERY, H., *Critique et religion. Problème de méthode en philosophie de la religion*, Paris: Selles, 1957, 227.

²⁴ Alude a este tema BENEDICTO XVI, Enc. *Spe Salvi* (30-XI-2007), n. 6.

nocimiento del mundo del hombre, al que está destinado su mensaje. Juan Pablo II hablaba de la «exigencia “pastoral” de la formación intelectual del sacerdote»²⁵. En efecto, sólo mediante una sólida formación intelectual es posible afrontar el reto de la evangelización.

La sociedad actual, animada por las muchas conquistas científicas y técnicas, ha desarrollado un profundo sentido de independencia y es muy celosa de su autonomía ante cualquier autoridad. Esto exige un esfuerzo particular para presentar el mensaje cristiano de un modo razonable, con fuerza y capacidad de atraer hacia él. Una sólida formación en filosofía y teología «permite dar razón de su fe y de su esperanza y, al mismo tiempo, advertir la imperiosa necesidad de presentarla siempre de un modo constructivo, con una disposición personal de diálogo y comprensión»²⁶. Además, una buena cultura filosófica y teológica da seguridad en la enseñanza al sacerdote, le permite situarse apaciblemente entre los hombres y en la Iglesia, evitando las actitudes partidistas y la improvisación inquieta y apasionada. Y también asegura unas referencias justas respecto a la tradición y la vida eclesial en su conjunto.

No podemos olvidar que detrás de nuestras opciones pastorales hay una antropología y muchas veces también una metafísica, que es conveniente conocer y explicitar.

Así pues, la filosofía es importante para la vida pastoral. La filosofía nos enseña a ser buenos pastores, mejores pastores. Por ello «Fides et Ratio» dice con claridad que «el estudio de la filosofía tiene un carácter fundamental e imprescindible en la estructura de los estudios teológicos y en la formación de los candidatos al sacerdocio»²⁷.

7. LA FILOSOFÍA COMO FORMA DE VIDA

La filosofía no puede convertirse sólo en una actividad académica, en una asignatura que se aprende o en una disquisición sobre cuestiones eruditas. En la concepción antigua, que se mantuvo durante la temprana Edad Media, la filosofía era una forma de vida, que abarcaba no sólo discusiones teóricas, sino también el conocimiento de uno mismo e implicaba una forma de vivir. Sólo

²⁵ JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Pastores Dabo Vobis* (25-III-1992), n. 51.

²⁶ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El presbítero maestro de la Palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad* (19-III-1999), n. 1.

²⁷ JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, 62.

a partir del siglo XIII, la filosofía se fue profesionalizando en las universidades y, consiguientemente, se fue desvitalizando²⁸.

Si la filosofía es búsqueda de la verdad, ésta no puede ser alcanzada sino con la implicación de toda la persona. La aventura de buscar la verdad requiere el compromiso total y no puede quedar sólo como una ocupación para las horas de estudio o de clase. Quien se dedica a la filosofía requiere un estilo de vida que facilite el crecimiento personal tanto de él mismo como de las personas que le rodean²⁹.

A esto se une otra observación: el hombre verdaderamente sabio no sólo busca la verdad, sino también el bien. No aspira sólo a conocer más cosas sino a ser mejor. No se puede aspirar a la verdad si no se vive conforme a esa verdad. Esta concepción de la filosofía está presente también en el documento vaticano mencionado, donde se recuerda que «la verdad no puede estar separada del amor»³⁰. Verdad y bien están interconectados.

Por eso no conviene olvidar que el estudio de la filosofía no es nunca un fin en sí mismo. El ideal no es saber mucha filosofía, sino alcanzar la sabiduría, es decir, una visión integrada de la realidad, del hombre y del mundo. Aspiramos a una síntesis vital, a alcanzar una sabiduría que nos implica, superando la trágica escisión entre fe y razón, entre vida y filosofía.

Y la sabiduría tiene que ver con la voluntad y con el afecto. En la tradición clásica y después en la cristiana se decía: *sapientia quæ dicitur a sapore*, la sabiduría que es llamada tal por su sabor. No se alcanza la sabiduría sólo con el conocimiento. Es preciso el amor. «Sin amor –se dice en “Lumen Fidei”–, la verdad se vuelve fría, impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona. La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca»³¹.

He intentado exponer algunas razones de la importancia del estudio de la filosofía para la formación del sacerdote. Los estudios filosóficos no pueden ser sólo un trámite que tienen que cumplir los seminaristas para estudiar después lo que realmente les gusta, sino que tienen su propia razón de ser.

²⁸ Ésta es la tesis de HADOT, P., *Philosophy as a Way of Life: Spiritual Exercises from Socrates to Foucault*, Oxford: Blackwell, 1995.

²⁹ Sobre este tema *vid.* NUBIOLA, J., *El taller de la filosofía*, 5 ed. Pamplona: Eunsa, 2010, 46-55.

³⁰ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Decreto de reforma de los estudios eclesásticos de filosofía* (28-I-2011), n. 6.

³¹ PAPA FRANCISCO, Enc. *Lumen Fidei*, n. 27. La conexión de verdad y amor es tratada en los nn. 26-28.

Los primeros pensadores cristianos advirtieron el vigor del saber filosófico. Para san Justino el cristianismo es «la única filosofía segura y provechosa»³² y según Clemente de Alejandría el Evangelio es «la verdadera filosofía»³³. De este autor procede también una idea que me resulta sugerente: la filosofía es el «tercer testamento» que fue dado a los griegos para prepararles al Evangelio, como a los judíos se dio el Antiguo Testamento³⁴. Ciertamente la filosofía nos pone en camino hacia la Verdad y, por esto mismo, nos prepara para el encuentro con Cristo, que es «camino, verdad y vida» (Jn 14,6).

³² JUSTINO, S., *Diálogo con Trifón*, 8, 1.

³³ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata* I, 18, 90,1.

³⁴ Cfr. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata* I, 28, 3-4; VI, 42,1.

Bibliografía

- ALFARO, J., *Revelación cristiana, fe y teología*, Salamanca: Sígueme, 1985.
- CABRIA, J. L., «Correlación filosofía y teología: una mirada de conjunto y perspectivas», *Burgense* 47 (2006) 131-236.
- CONESA, F. y NUBIOLA, J., *Filosofía del lenguaje*, Barcelona: Herder, 1999.
- CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Decreto de reforma de los estudios eclesiásticos de filosofía* (28-I-2011).
- FERRETTI, G., *Filosofía e teologia cristiana. Saggi di epistemologia ermeneutica*, Napoli: Scientifiche Italiane, 2002.
- FISICHELLA, R., «Oportet philosophari in theologia», *Gregorianum* 76 (1995) 221-262; 503-534; 701-728.
- GARCÍA MARTÍNEZ, F., «La reforma de los estudios eclesiásticos de filosofía. Contexto, perspectivas y orientaciones», *Salmanticensis* 59 (2012) 427-439.
- GILSON, E., *El filósofo y la teología*, Madrid: Guadarrama, 1962.
- HADOT, P., *Philosophy as a Way of Life: Spiritual Exercises from Socrates to Foucault*, Oxford: Blackwell, 1995.
- IZQUIERDO, C., «¿Son la filosofía y la teología específicamente diferentes?», en MORALES, J. (ed.), *Cristo y el Dios de los cristianos. Hacia una comprensión actual de la teología*, Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad Navarra, 1998, 311-319.
- JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio* (14-IX-1998).
- LEONARD, A., *Foi et Philosophies*, 2 ed. Namur: Cultura et Vérité, 1991.
- LIVI, A. y LORIZIO, G. (eds.), *Il desiderio di conoscere la verità. Teologia e filosofia a cinque anni da «Fides et ratio»*, Roma: Lateran University Press, 2005.
- NUBIOLA, J., *El taller de la filosofía*, 5 ed. Pamplona: Eunsa, 2010.
- PAPA FRANCISCO, Enc. *Lumen Fidei* (29-VI-2013).
- SCHMITZ, J., *La revelación*, Barcelona: Herder, 1990.
- ZUBIRI, X., *El hombre y la verdad*, Madrid: Alianza, 1999.